

Unidad 6 – El imperialismo contemporáneo (1871-1914)

Definido de varias formas, pero haciendo hincapié en los temas económicos, el imperialismo del siglo XIX es *contemporáneo de la revolución industrial*, y se diferencia del primer imperialismo de los siglos XV a XVII, asociado a la época de los grandes descubrimientos geográficos, por la presencia de una tecnología distinta, asociada a los procesos de cambios económicos y a las necesidades del mundo europeo de su tiempo.

La causa señalada como mas importante del proceso lo constituye la *crisis de sobreproducción de 1873*, que afecto a varias economías europeas, cuando al promediar la segunda revolución industrial se produce una saturación de los mercados centrales. Esta crisis, señalada por economistas marxistas y liberales como clave, desencadenaría el proceso, por mas que existen también otras causas. La búsqueda de mercados para la inversión y colocación de los productos excedentes forzaría, según esta forma de ver, el proceso integro de expansión imperialista.

Los nacionalismos europeos que rivalizaban entre si en lo político y lo militar también son otro factor del proceso, para otros autores el principal. Ejemplo: la rivalidad franco alemana a partir de 1870. El crecimiento territorial y económico en el exterior fortalecería a las naciones europeas, haciendo desequilibrar la balanza político militar. Esto justificaría la anexión de territorios no solo valiosos desde el punto de vista económico sino también los otros de menor importancia, en una competencia mundial por ganar posiciones antes que el rival. Ejemplo: la conquista francesa del África Sahariana, de importancia política pero sin importancia económica en la época.

Las nuevas tecnologías en transportes y armamentos contribuirían como otro factor a hacer posible la conquista y reparto del mundo africano y asiático: la revolución industrial proporcionó bases técnicas mas sólidas para un dominio mundial. Los pueblos no europeos se verían superados técnicamente por los conquistadores blancos.

También algunos autores hablan que el imperialismo es explicable por el *acostumbramiento o atavismo* que muchas naciones europeas tenían en lo que se refiere a la conquista de otros mundos y pueblos: la experiencia previa y tradición de muchos países seria lo que de hecho habría mantenido a estos en la carrera imperialista.

Las justificaciones

Las justificaciones que los gobiernos de la época dieron a los pueblos del reparto de los mercados mundiales tuvieron que ver con un discurso en el que se combinaron diversos actores como la *política*, la *educación*, la *ciencia* y la *religión*, y fue de una enorme efectividad. El imperialismo fue inmensamente popular en su tiempo y encontró solo débiles oposiciones que fueron acalladas por un entusiasmo generalizado.

La *justificación nacionalista* fue la mas extendida para las grandes masas. El deber patriótico, la conciencia de una nación fuerte y el papel que cada quien podía desempeñar en ello fueron el argumento mas repetido. La escuela estatal, por entonces

consolidada, que aparto a las iglesias del control de la educación, creo un nuevo credo patriótico en sustitución del credo religioso, basándose en la historia, las glorias nacionales, supuestas o reales, y el papel de los héroes como constructores de la nación.

La *justificación religiosa* se combinó con la anterior muchas veces. El argumento de presentar los cultos religiosos de los pueblos no europeos como bárbaros y sanguinarios, cuando no ridículos, opuso a estos a la religión cristiana, presentada como la única alternativa humana y decente para los pueblos del mundo. El deber del buen cristiano era extender su fe a los sitios donde todavía esta no había llegado, llevando “la luz” a donde antes solo había “oscuridad”.

La *justificación científica y cultural* sumó a la ciencia (y la pseudo ciencia) del siglo XIX al coro de voces del imperialismo. La antropología darwinista oficial concluyó (según ella con pruebas contundentes) en la inferioridad mental, racial y física de los pueblos no blancos, con argumentos traídos de la frenología, la antropometría, la medicina y convenientemente mezclados con una batería de prejuicios, algunos de larga data. De ello se concluía que las culturas, usos y costumbres de aquellos pueblos no podían ser alternativa válida en ningún caso a la cultura del blanco. También aquí, aquellas culturas fueron denigradas y ridiculizadas, haciéndolas aparecer como más cercanas a la animalidad. La cultura del blanco era la única opción, y esta y sus integrantes tenían el deber de civilizar a los pueblos retrasados, arrancándolos de su barbarie.

Las *sociedades geográficas y de exploración*, tras su aparente o real deseo de conocimiento, también en este caso proporcionaron información útil a políticos, militares y comerciantes, y fueron movidas muchas veces por la codicia de ganancias fáciles o el oportunismo político.

Finalmente, cabe agregar que incluso en círculos socialistas donde el tema se trató, muchas de estas justificaciones impregnaron el discurso de la izquierda europea, que incluso vio al reparto mundial como una posibilidad de extender la ideología socialista por el mundo, entendiendo que no hay mal que por bien no venga.

Los protagonistas

El imperialismo fue un fenómeno protagonizado por varias naciones europeas, siendo las más importantes *Inglaterra* y *Francia*, países que ya antes del siglo XIX tenían experiencia colonial. Nuevas potencias se incorporarían a la carrera imperialista como *Bélgica* (Con suerte) e *Italia* (sin ella), mientras que otras como *España*, *Portugal* y *Holanda*, viejos imperios marítimos del pasado, permanecerán estancados (Holanda y Portugal) o verán desaparecer sus imperios (España). Asimismo, dos naciones extra europeas, los *Estados Unidos* y el *Japón*, también se volverán imperialistas en el periodo, conformando lo que muchos llaman “los nuevos imperialismos”.

Inglaterra tenía buena parte de su imperio construido en época previa a 1870, con la base de su dominio naval indiscutido en el mundo desde la Guerra de los 7 años, en el siglo XVIII. El imperio inglés aparecía en el mapa como una serie de territorios dispersos por el mundo, generalmente en áreas costeras, aunque esta aparente dispersión se comprendía al superponerles un mapa de las principales rutas navieras de la época. Inglaterra poseía el control de las mismas, con establecimientos coloniales

que garantizaban que los barcos ingleses pudieran desplazarse por el mundo muchas veces solo tocando puertos controlados por esa nación. Muchas colonias africanas y asiáticas del imperio británico tienen ese sentido. Ejemplo, la isla de Singapur, el mejor puerto natural del Asia Oriental, a medio camino entre la India y Hong Kong, posesiones también inglesas.

El imperio británico tenía su centro en las llamadas *colonias blancas* (pobladas en su mayor parte por descendientes de ingleses que habían expulsado o exterminado a las poblaciones nativas): Australia, Nueva Zelanda, Canadá y en menor medida, Sudáfrica. Antes de la Primera Guerra Mundial, estas colonias fueron elevadas a la categoría de dominios, con un margen de autonomía de gobierno considerable, y se convirtieron en vendedores privilegiados de su producción al imperio británico, manteniendo con este lazos políticos mayormente simbólicos, aunque tuvieron la obligación de apoyo militar a la metrópoli en caso de conflicto (I y II Guerra Mundial y otras subsiguientes hasta la del Golfo).

En el caso de *la India*, Inglaterra ocupó los principales puertos, dejando a los 690 estados monárquicos locales (en 1914) que siguieran existiendo, aunque les prohibió relacionarse con otros países si no era a través de ella, y los controló militarmente. No hubo mezcla del conquistador inglés con las poblaciones nativas. Este vivió en barrios separados que remedaban a Inglaterra en costumbres y estética, y educó a sus hijos en Europa. Las oligarquías nativas muchas veces se vieron impregnadas de estas costumbres y educación, aunque la barrera del ejercicio del poder rara vez se superó.

El imperio colonial francés tenía su eje en África (zona norte y oeste), y había comenzado desde 1830 con la conquista de Argelia, donde se aplicó un método diferente al del imperio británico: los franceses poblaron la colonia con familias provenientes de la metrópoli, desalojando a las poblaciones árabes, lo cual sería un factor de distorsión por muchas décadas. Desde la década de 1860 los franceses ingresaron en Indochina, donde permanecerían por un siglo aproximadamente, y comenzarían años después su penetración en África, en zonas remanentes de la conquista inglesa, muchas veces pobladas por etnias belicosas y de un grado de civilización elemental, que les opusieron fuertes resistencias.

La conquista francesa fue en horizontal además, lo cual la volvió costosa en su factura y en su manutención. La política fue conservadora y recelosa, además de ávida de extenderse más territorialmente, lo cual llevó a varios incidentes con Inglaterra (Asunto de Fachoda, Sudán, 1898) y con Alemania.

El imperio colonial alemán es de formación más tardía, entre otros factores, por la unidad nacional, recién concretada en 1870, y por la indiferencia de Bismarck sobre el tema. Sin embargo, a partir de 1884, y en cierta forma tolerado por Inglaterra, apareció un imperio colonial alemán en África y Asia, como resultado de varios acuerdos políticos entre las potencias. Este tuvo su centro en Togo y Camerún, en la costa Oeste de África, a lo cual se agregaron luego Namibia y Tanganica. En Asia, las Islas Marianas y varios establecimientos en China, y en Oceanía la parte este de Nueva Guinea. Disperso geográficamente, el imperio colonial alemán fue la razón de la creación de una flota de guerra desde 1895 que luego se convertiría en motivo de controversia en Europa y en una de las causas de la Primera Guerra Mundial.

El imperio alemán fue administrado con firmeza y acierto por parte de la metrópoli, a pesar de sus limitaciones objetivas.

Bélgica, país aliado de Inglaterra, garante de su creación y de su aparente neutralidad, se estableció en la cuenca del río Congo, uno de los más grandes de África, por medio de una empresa colonial de la que era presidente el propio rey Leopoldo II. En 1885 se creó el llamado *Estado Libre del Congo*, de posesión personal del rey, que pasó a integrar la corona belga en 1908 tras una serie de denuncias internacionales sobre los brutales tratos propinados a los nativos por los belgas, además de varios negocios turbios en los que el propio rey estaba implicado. Con casi 2 millones de km², el Congo Belga era una especie de gran estado tapón que alejaba, en el centro mismo de África, las fronteras comunes de las colonias francesas, alemanas, inglesas y portuguesas, sitio de varias disputas y choques a veces armados entre las guarniciones coloniales.

Italia, también unificada tardíamente, como Alemania, comenzó desastrosamente su carrera colonial en la década de 1890. Tras algunos vanos intentos de establecerse en el norte de África, y ante los recelos de Inglaterra y Francia, los italianos invadieron Etiopía en 1896, siendo derrotados en la *batalla de Adua* por los soldados del Ras Tafari o emperador etíope. Esta derrota de la “raza superior” ante un ejército de negros, fue de enorme efecto en Italia y en Europa, y dio por tierra las esperanzas italianas de formar un imperio, además de la vergüenza nacional que por años se arrastró. Recién en 1911 Italia consiguió arrebatarse al débil Imperio Turco la colonia estéril de Libia, en África del Norte. La revancha de Adua la constituiría la expedición de conquista que Mussolini dirigirá hacia Etiopía en 1935 y 1936, esta vez con éxito.

Portugal, en África, y *Holanda*, en Asia, mantuvieron sus dominios coloniales de larga data adquiridos, aunque frecuentemente tuvieron incidentes diplomáticos y hasta militares con Inglaterra, en los que esta llevó la mejor parte. Por un momento, incluso, se pensó que el imperio colonial portugués en África iría a desaparecer, fagocitado por los ingleses, cosa que finalmente no ocurrió. Portugal conservará sus colonias africanas hasta fecha tan tardía como 1974.

España, otro de los viejos imperialismos, había perdido casi la totalidad de su inmenso imperio mundial tras la Revolución Hispanoamericana de 1808 a 1830. Reducida desde aquella época a Cuba y Puerto Rico en el Caribe y las Islas Filipinas en Asia, el imperio colonial español hubo de enfrentar en sus colonias constantes rebeliones secesionistas en la segunda mitad del siglo XIX, las cuales sofocó en general, a veces con grandes costos humanos. También recelosa y centralizadora, la política colonial española no supo manejar adecuadamente la situación, lo cual la puso en desventaja y en conflicto frente a otras potencias con las que tuvo incidentes diplomáticos o que francamente codiciaban sus dominios aprovechando la decadencia y el anquilosamiento general de toda la vida española en el siglo XIX, como los Estados Unidos, que desencadenaron una guerra de conquista en 1898 que dejó a España sin sus posesiones coloniales salvo algunos territorios no significativos en África del Norte y África Ecuatorial.

En el preciso momento que las naciones europeas crecían y se consolidaban como imperios, España dejaba de serlo, lo cual tuvo hondas consecuencias para la vida política y social del país.

Los nuevos Imperialismos

Los *Estados Unidos*, desde 1848, año en el que tras su victoriosa guerra de conquista contra México completaran su expansión territorial al Pacífico y terminaran de ocupar su extensión actual en el subcontinente norteamericano, dirigieron sus intereses hacia el Pacífico y el Caribe como zonas predilectas de su influencia económica y política, aunque el proceso de su formación como potencia imperialista difiere del de las naciones europeas porque no hay una necesidad estricta de colonias o mercados desde el punto de vista económico, dado el carácter de su construcción nacional: el imperialismo norteamericano será fundamentalmente *político*.

En 1851, las islas *Hawái*, en el pacífico norte, a menudo visitadas por barcos pesqueros norteamericanos, se convirtieron en un protectorado de los EE.UU. al estilo de lo que la India era para Inglaterra. Esta sería la base de su expansión en la zona. En 1893 la monarquía fue derrocada y se proclamó la república, que poco después pidió el ingreso en la Unión. Hawái fue territorio de los EEUU hasta 1959, en que se convirtió en el 50º estado norteamericano.

En el comienzo de la década de 1850 los frecuentes choques entre barcos balleneros estadounidenses y japoneses por la presa común llevaron a incidentes de abordajes y apresamientos de tripulaciones de uno y otro lado. En 1853, este fue el pretexto para que una flota norteamericana dirigida por el comodoro Matthew Perry se hiciera presente en la bahía de Tokio, reclamando la entrega de los prisioneros y la apertura del imperio japonés al tráfico con las naciones blancas, a los que estaba cerrado desde principios del siglo XVII. Este objetivo, cumplido a satisfacción, significó el *break-up o ruptura del Japón*, primer éxito real del imperialismo norteamericano, y que proyectó sus intereses sobre el Asia oriental.

En *el Caribe*, y con el antecedente de la intervención en Nicaragua en 1855, la política imperialista de los Estados Unidos se dirigió hacia *Cuba*, la que arrebató a España por la guerra de conquista de 1898, y hacia *Panamá*, por entonces provincia colombiana, donde se erigió (con la ostensible intromisión de los EE.UU.) una república en noviembre de 1903 que garantizó la continuación de las obras de un canal transoceánico comenzadas por una empresa francesa y retomadas por capitales norteamericanos en la década anterior. La política del *Big Stick o gran garrote* del presidente Theodore Roosevelt (1901-1909) marcó la hegemonía norteamericana en la zona, a la que Inglaterra hubo de acostumbrarse, ya que sus centros de interés a nivel mundial, lejos de allí, le demandaban mayor atención.

En el periodo anterior a la Primera Guerra Mundial, los EE.UU. repitieron sus intervenciones en *Nicaragua, Haití, México* y la *República Dominicana*, con el pretexto de deudas impagas, ocupando parcialmente los puertos de esos países y reteniendo el cobro de sus impuestos de aduanas.

El *Japón* es un archipiélago en el que se desarrolló desde siglos antes de la era cristiana una civilización original y de larga data, con características propias como corresponde a toda cultura insular, y que no fue conquistada por otra desde el principio. Conocido por los europeos por noticias parciales y fragmentarias desde el siglo XIII (Marco Polo, el primero que informó a sus contemporáneos sobre el Japón, jamás estuvo en él), los primeros blancos que llegaron al país son los misioneros jesuitas y portugueses hacia 1540, los cuales, a partir de la difusión de su religión son perseguidos por las

autoridades, eliminados físicamente o desterrados, hasta que en 1637 el Japón se cierra a la penetración europea de cualquier tipo, aislándose.

Cultura de religión politeísta y de culto a los antepasados, con un *emperador* o *Tenno* (*Mikado* para los europeos) divinizado, el Japón fue un país agrícola dominado por una casta de señores feudales (*Sanyo*) que tenían bajo su dominio a una gran mayoría de campesinos (*culies*) sometidos a ellos por lazos de servidumbre que emparentan este régimen económico y social con el de la Europa medieval.

A partir del *break-up* de 1853, el emperador (hasta entonces apenas más que un sumo sacerdote y sin poder político real) comienza a ser el interlocutor de los extranjeros (los bárbaros para los japoneses, a pesar de las muestras de entendimiento diplomático), lo cual es la base de la restauración de un poder político emparentado con el absolutismo europeo. Para ello se introducen reformas con la creación de una burocracia imperial, un ejército imperial (1872) con el modelo prusiano, y varias adopciones de sistemas administrativos, educativos y legales de corte europeo occidental desde 1867 a 1889. Es la *revolución Meiji*, nombre que corresponde al del reinado del emperador Mutsu-Hito o emperador Meiji “*el Iluminado*” desde 1867 a 1912.

En 1877 fue derrotada una *rebelión feudal* de varios señores y sus guerreros de casta o *samurai*, única resistencia seria al proceso de occidentalización del país, que hábilmente supo mantener su independencia frente a las potencias europeas, por medios diplomáticos, además de crear una potencia militar que se utilizó para crear un imperio colonial que compensara la debilidad de la economía nipona. En ese mismo año son las primeras incursiones de la armada japonesa sobre Taiwán con el pretexto de reprimir la piratería.

En 1889 el Japón se transformó en una *monarquía constitucional* con una constitución parlamentaria imitada de la del imperio alemán, por entonces su aliado. Se admitían las formas democráticas occidentales y la existencia de partidos políticos, por más que el poder imperial apenas si se veía limitado. Este fue un claro mensaje para las potencias europeas en el sentido que el Japón se apartaba supuestamente de la barbarie en la que los europeos incluían a todo el mundo no blanco.

En 1894 el Japón declaró la guerra al Imperio Chino y lo venció con facilidad, consolidando su primera cabeza de puente en el continente, la península de *Corea*, escenario también junto a Manchuria del segundo conflicto bélico victorioso que disputó, esta vez contra el imperio ruso, su principal enemigo en la zona (1904-1905).

La guerra ruso japonesa de 1904 fue una brillante victoria militar japonesa que dejó a Rusia sin su flota de guerra (Batalla de Shimonoseki, 1905) y que consolidó al Japón como potencia militar número uno de Asia. Los EE.UU. e Inglaterra renovaron sus compromisos militares con los japoneses y de hecho desplazaron a estos la labor de mantener a raya la influencia rusa en la zona (tema particularmente importante en los intereses de Inglaterra por esos días).

En 1914, al comenzar *la Primera Guerra Mundial* el Japón se alineó con los aliados y arrebató fácilmente a Alemania sus colonias asiáticas, que serían luego la base de sus futuras conquistas en la Segunda Guerra Mundial. Luego de ello, la intervención japonesa en el conflicto fue absolutamente nominal, por más que los progresos que obtuvo fueron enormes.

Los tres conflictos ganados uno tras de otro en 20 años convirtieron a los militares en la casta más influyente del país, siendo esta la base del *militarismo ultra nacionalista* que dominaría la política del país y llevaría a la segunda guerra de conquista de China en 1931, antecedente inmediato de la *Segunda Guerra Mundial*, donde la hegemonía en el Pacífico sería disputada por japoneses y norteamericanos entre 1941 y 1945 y que concluiría con los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki.

La paz armada

Tras la *guerra franco prusiana de 1870*, de la que surgió el Imperio Alemán contemporáneo, obra de *Otto Von Bismarck*, canciller de Prusia, Francia se vio amputada de las áreas mineras de Alsacia y Lorena, además de la ocupación militar a la que fue sometida y su postergación a potencia militar de segundo orden en Europa durante algunos años. La obra diplomática de Bismarck tras esta victoria se basó en el aislamiento de Francia a nivel internacional, impidiendo de esta manera una política revanchista francesa que era de obvias consecuencias.

En 1872, el "*Pacto de los 3 Emperadores*" que Bismarck concertó entre Guillermo I de Alemania, Francisco José de Austria y Alejandro II de Rusia aparecía como un bloque contundente que parecía revivir la Santa Alianza de 1815. Sin embargo, las diferencias entre las tres potencias eran demasiadas para que el acuerdo tuviese futuro. En 1877, al recomenzar el conflicto entre el Imperio Ruso y el Imperio Turco, las tropas del Zar avanzaron por sobre Rumania y Bulgaria, llegando a las cercanías de Estambul (Constantinopla). Cuando los otomanos estaban a un paso de caer vencidos, Inglaterra intervino en la contienda: la presencia de la flota del Zar en el Mediterráneo amenazaba a Egipto y el canal de Suez, bajo control británico, y Rusia parecía conseguir su objetivo de llegar a los mares cálidos, perseguido desde un siglo y medio antes.

El *congreso de Berlín de 1878*, auspiciado por Inglaterra, y del cual tomaron parte las principales potencias europeas, reorganizó territorialmente los Balcanes alejando las fronteras rusas del Mediterráneo y salvando al imperio turco del desastre. Austria, aliada de Rusia, prefirió pensar en sus propios intereses en los Balcanes, amenazados por la expansión rusa, y recibió como premio la disputada (con el imperio Turco) provincia de Bosnia y Herzegovina, la que ocupara militarmente. Alemania, que quiso aparecer como mediadora en la cuestión, también abandonó al Zar, y prefirió entenderse con Inglaterra, a quien Bismarck pretendía atraerse diplomáticamente de modo más formal. Tras este fracaso de su diplomacia, el Zar abandonó el pacto de los 3 emperadores.

Bismarck trató de reconstituir el bloque anti francés sustituyendo en su tortuosa diplomacia a Rusia por Italia, a quien invitó a formar parte de *la Triple Alianza* (1882) junto a Alemania y Austria. Aprovechó así los pertinaces rencores italianos sobre Francia, quien los había abandonado cuando la guerra de 1859 por la unificación nacional. La Triple Alianza fue el primero de los dos bloques previos a la primera guerra mundial en formarse, y también el más duradero en el tiempo.

Tras la derrota de 1870, se formó en Francia *la III República* (1870-1940): burguesa, capitalista y que debía mantener a raya a la clase obrera. Pero sobre todo, revanchista, y buscando la oportunidad para el desquite contra Alemania. Convulsionada por frecuentes escándalos políticos, la república creó un imperio en África y Asia que

desafío por igual a ingleses y alemanes, lo cual acentuó por un tiempo su aislamiento político. Al mismo tiempo, en condiciones relativas de paz social y política, comenzó un sostenido desarrollo industrial y financiero que le permitieron compensar de ese modo su derrota militar. Las inversiones de capitales franceses en Rusia se incrementaron en el periodo anterior a 1900, buscando ganancias rápidas y ausencia de leyes sociales o burocráticas que las impidieran. Carente de competencia en un país como el atrasado imperio ruso, apareció en él una industria, una red ferroviaria, y sobre todo, una clase obrera urbana en torno a Moscú y San Petersburgo, que eran el resultado de esa inversión.

Alejandro III (1881-1894), zar de Rusia tras el asesinato de su padre por terroristas, fue un monarca reaccionario y centralizador, que incrementó las medidas represivas y el absolutismo monárquico, en la misma medida que se involucraba más con la inversión francesa, que llegó a prestar al propio gobierno ruso. Del compromiso financiero se pasó al compromiso político, y en 1887 se firmó un primer *acuerdo franco ruso*, que implicó la primera ruptura del aislamiento francés. También en ello intervinieron los rencores del Zar hacia Bismarck.

Al año siguiente (1888) accedió al trono alemán **Guillermo II** (1888-1918) que pretendía ser el único líder de un imperio populista, autoritario y con base burguesa y obrera a la vez. Las leyes sociales que Guillermo II propiciara, emitidas en plena prosperidad de la revolución industrial alemana, alejarían a los obreros de la tentación socialista y crearían una sociedad satisfecha y disciplinada. Enfrentado a estas medidas, a las que calificaba de "*estupideces humanitarias*", Bismarck fue forzado a renunciar en 1890.

Guillermo II pretendía hacer de Alemania la primera potencia de su tiempo, imperialista, militar, económica y cultural, y el tono agresivo de sus declaraciones y actos provocó el *recelo de Inglaterra*, que a partir de la década de 1890 comenzó a mirar con otros ojos al Kaiser alemán.

En 1895 el alto mando de la marina alemana propuso a Guillermo II la construcción de *una flota de guerra* para mantener unido y comunicado al imperio colonial con la metrópoli. Esta flota, aunque no muy numerosa, era si más ágil y rápida que la inglesa, y fue vista por los políticos británicos como una amenaza. A ello se sumaba la creciente competencia alemana con Inglaterra en los campos económico e industrial. En 1896 aparece en Inglaterra un folleto anónimo de gran difusión titulado "*Made in Germany*" donde se llama la atención sobre este fulminante crecimiento.

La guerra de los Boers, entre 1899 y 1902 y por la cual Inglaterra conquistó las repúblicas blancas sudafricanas movida por el afán de las riquezas mineras de la zona desprestigió notoriamente a Inglaterra como "*potencia civilizadora*" y "*guardiana de la paz mundial*" del planeta: no se luchaba contra "*razas inferiores*" sino contra hombres blancos descendientes de europeos. El presidente boer, Paul Kruger, intentó conseguir ayuda en Francia, Holanda y Alemania, y aunque no recibió más que promesas, las declaraciones de Guillermo II a su favor enrarecieron más el ambiente.

En 1901, el nuevo rey inglés **Eduardo VII** encabezó una política de acercamiento a Francia que se basaba tanto en sus preferencias personales como en explotar el revanchismo anti alemán de su vecino. De las conversaciones que se sostuvieron surgió el *acuerdo franco británico de 1904* que puso fin a casi 10 siglos de luchas continuas y rivalidades entre ingleses y franceses, y que fue además de un acuerdo básicamente anti alemán, un pacto colonial de coexistencia en África y Asia.

Aun fue mas allá Eduardo VII al acercar diplomáticamente a su país al imperio ruso: el *pacto anglo ruso de 1907* fue también un profundo cambio con respecto a una rivalidad tradicional del siglo XIX: Rusia tratando de llegar a los mares calidos e Inglaterra intentando detenerla. Las fronteras de influencia inglesas y rusas fueron fijadas en puntos clave como en Persia (hoy Irán) y la India.

De esta forma se concretó, a trastes de 3 pactos cruzados, *la Triple Entente* entre Francia, Rusia e Inglaterra, el segundo bloque previo a la Primera Guerra Mundial.

Al mismo tiempo, la política rusa en los Balcanes, tras la guerra de 1877 y el Congreso de Berlín, no había dejado tampoco de perseguir su objetivo, que era el acceso al Mediterráneo a partir de los países de la zona, poblados por eslavos, los "*hijos de la Santa Madre Rusia*". Uno de ellos, el *reino de Serbia*, tradicionalmente ligado por lazos culturales y hasta étnicos con Rusia, se convirtió en el aliado mas seguro del zar en la zona, al mismo tiempo que el enemigo mas firme del imperio de Austria-Hungría, decidido a una política de germanización de los Balcanes. La monarquía serbia amparaba pretensiones de crecimiento territorial a partir de la unidad de los pueblos de la zona bajo su influencia, y esto degeneró en la formación de sociedades secretas paramasonicas anti austríacas, que utilizaron bien pronto los métodos terroristas característicos de una zona con tradiciones constantes del uso de la violencia en la política.

Entre 1912 y 1913, tres conflictos, llamados las *Guerras Balcánicas*, pusieron a Serbia como la primera potencia de la zona, y terminaron con el dominio del imperio Turco en Europa. Ni Austria ni Rusia intervinieron directamente, por más que todas las grandes potencias estaban detrás de los contendientes. El *paneslavismo serbio*, alentado por Rusia, quedo directamente enfrentado a Austria, que esperaba la ocasión precisa para eliminar esta amenaza.

En 1914, y cuando el emperador Francisco José daba síntomas de senilidad y que su vida no iba a ser muy larga, el heredero del trono imperial, *Francisco Fernando de Habsburgo* (mas conciliador y partidario de reformas que mantuvieran en pie al viejo imperio plurinacional, tan difícil de mantener) visito la capital de Bosnia, Sarajevo, en donde fue muerto por integrantes de una de las sociedades proserbias, la "*Mano Negra*". Este crimen, llamado el "*Atentado de Sarajevo*" (28 de junio de 1914) desencadenara como causa ocasional el conflicto conocido como Primera Guerra Mundial.

Esta ficha corresponde a la unidad 6 del curso de Historia de 5º Humanístico, Liceo nº 6, años 2006 y 2007.

Prof., Rodolfo Tizzi

rod@internet.com.uy

<http://www.geocities.com/rtizzi>